

D. Laureano Figuerola, ministro de Hacienda, para la Dirección general de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, a Echegaray. Días antes pensaba éste en la posible disolución del Cuerpo de Caminos y de su Escuela, porque entre los partidos avanzados había una gran enemiga contra los organismos oficiales, y muy particularmente contra los ingenieros, y además, las ideas individualistas dominantes eran contrarias a la intervención del Estado incluso en las funciones públicas. Creían preferible que la iniciativa privada, ensanchándose cada vez más, resolviera estos problemas.

Y tenemos a Echegaray pasando de la Escuela de Caminos a la Dirección general de Obras públicas, para ocuparse, en primer término, de la reforma de las Escuelas especiales de Ingenieros civiles, empezando por la Escuela de Caminos.

No vamos a seguir a Echegaray por los nuevos derroteros que le apartan definitivamente de la Escuela de Caminos. Recordemos, a grandes rasgos, que en 1864 ingresó en la Academia de Ciencias; en 1868

fué director general de Obras públicas; en 1869, ministro de Fomento; en 1872, otra vez ministro de Fomento; en 1873, emigrado en París, escribe *El libro talonario*, comedia en un acto, estrenada en 1874, siendo ministro de Hacienda al caer la primera Repú-

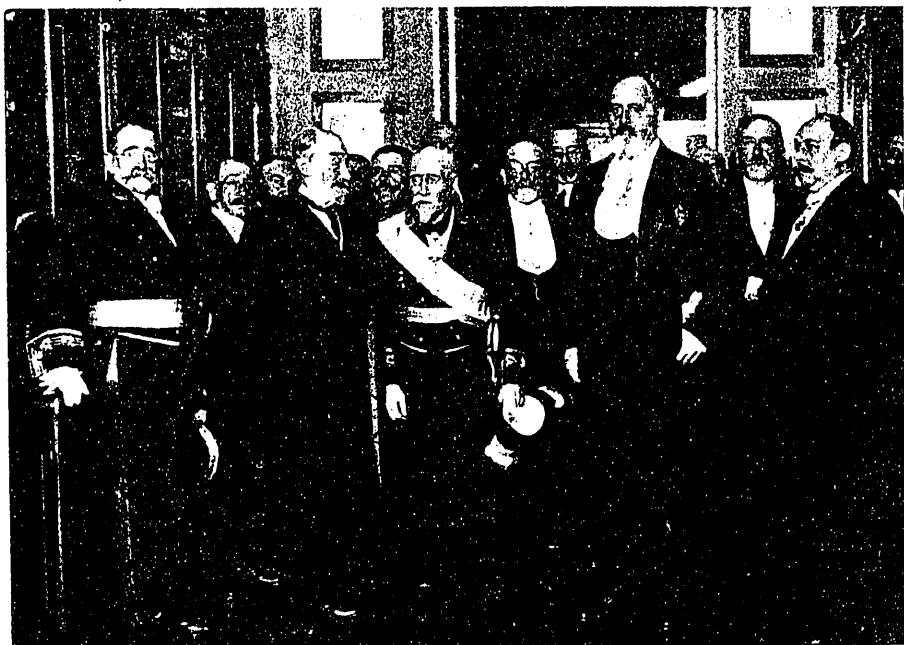
blica. Sigue después su intensa vida de dramaturgo, en la que escribe 67 obras, 34 en verso y 33 en prosa. En 13 de noviembre de 1904 le dan el premio Nóbel, a medias con Mistral. Lo recibió en 1905. A continuación España le tributa un homenaje, apoteosis de toda su vida. En 1882 es nombrado académico de la Lengua, cargo del que toma posesión en el año 1894,

con el discurso sobre "La literatura modernista".

En 1905 es, por última vez, ministro con Montevideo Ríos, en la cartera de Hacienda.

Uno de los últimos actos que realiza el año 1916, el mismo de su muerte, a los ochenta y cuatro años, es el de la imposición de la medalla Echegaray, siendo presidente de la Academia de Ciencias, al actual presidente, D. Leonardo Torres Quevedo, otra de las grandes glorias del Cuerpo de Caminos.

Vicente MACHIMBARRENA



Imposición, en la Academia de Ciencias, de la medalla Echegaray a D. Leonardo Torres Quevedo

## El corazón de Echegaray

Entre todas las excepcionales cualidades de este insigne varón, que brilló como estrella de primera magnitud en la Cátedra, en la Prensa, en el Teatro y en la Política, y obtuvo un espontáneo y unánime homenaje de toda España, que no mereció ningún otro patrio, ha tenido una más alta virtud: la de un gran corazón, por su bondad y su valor cívico.

Y por haber sido yo beneficiado por estas condiciones, cumplo contribuir a este ensalzamiento póstumo, recordando los hechos que me lo evidenciaron palpable e inolvidablemente.

El 8 de abril de 1905 se hundió la cubierta de hormigón armado del Tercer Depósito de Madrid, de que yo era constructor, sepultando entre sus escombros a más de cien desgraciados obreros, de los que resultaron 29 muertos y 52 heridos.

Ante tamaña catástrofe, en la que se hablaba de 300 víctimas, levantó la Prensa un clamoreo trágico, que se fué acentuando por la competencia entre los diarios más populares, que abrieron listas de suscrip-

ción para las familias damnificadas. Como no había en aquellos luctuosos días ningún crimen sensacional, ni debates políticos, ni corridas palpitantes, tuvo la Prensa que sostener el interés de sus lectores con macabros detalles del hundimiento, acogiendo las más fantásticas denuncias sobre deficiencias de los materiales de la obra y la criminal imprudencia del constructor.

Fuí yo, durante varios meses, exonerado como ingeniero imprudente y, sobre todo, como industrial codicioso (!), por lo que casi todos los diarios me achacaban la culpabilidad de tantas víctimas.

Así es que la magna Comisión Técnica encargada de la depuración de responsabilidades, el Consejo de Obras públicas que instruí el expediente administrativo, y, por fin, el Jurado que perseguía mi presunta criminalidad, sugestionados por la campaña periodística, en la que se intercalaron inmundos *chantagistas*, se iban inclinando a verter sobre mí todas las incul-

paciones durante los dos abrumadores años de actuación de aquel triple Tribunal.

Ante el peligro que se cernía sobre mí de que el Jurado se dejara impresionar por las excitaciones de la Prensa, por los informes tendenciosos o las acusaciones apasionadas, el eminente letrado D. Melquiades Alvarez, que había aceptado la difícil misión de defenderme, hubo de instarme a que consiguiera el amparo, como perito, de D. José Echeagaray, único español con prestigio personal y autoridad científica indiscutible que podía convencer al Tribunal de mi irresponsabilidad en la catástrofe, que se iba a juzgar en un ambiente de hostilidad manifiesta.

Sólo conocía a mi insigne compañero por haber asistido a algunas de sus lecciones de Física matemática en el Ateneo; pero, ante la perspectiva de ver derrumbada mi reputación y los ahorros de mis deudos y amigos, vinculados en aquella obra, no vacilé en acudir al maestro ilustre.

Mi pretensión era formidable.

Pesaban ya sobre D. José 75 años de muy trabajosa vida, por lo que su salud y, sobre todo, su vista eran precarias, obligándole a suspender casi toda actividad. Era menester explicarle problemas especiales y novísimos, de los que nunca se había ocupado, y convencerle, además, de la exactitud de mis cálculos y de las justificaciones que había invocado ante la Junta Técnica investigadora, y que la mayoría de ésta casi despreció.

Y, por último, aun en la hipótesis de conseguirlo, si aceptara Echeagaray el ser mi perito, tenía que contradecir los dictámenes formulados por ilustres amigos suyos y desvirtuar la campaña de los diarios que azuzaban a sus lectores contra mí. Dicha actitud habría de comprometer la inmensa popularidad de que gozaba.

Ante tales obstáculos, de los que me hacía perfecto cargo, sentía profunda angustia al visitar a mi precioso maestro; pero éste me acogió con la más cariñosa benevolencia, y, desde luego, tuvo la bondad, ya excepcional, de escucharme con la más simpática atención.

Con su maravillosa inteligencia, se asimiló en el acto las teorías, que desconocía, del hormigón armado, y en la visita que, a pesar de sus achaques, hizo conmigo a los restos de la construcción en entredicho,

percibió rápidamente mi absoluta inculpabilidad.

Cuál sería, pues, mi júbilo cuando, allí mismo, ante aquel macabro y caótico espectáculo de bóvedas derrumbadas y de vigas retorcidas, exclamó, con prodigiosa nobleza, estas palabras, que han quedado esculpidas en mi alma: "Tiene usted razón, compañero Ribera; ha sido aquella ola de calor del 8 de abril la que produjo el hundimiento; sería monstruoso que le

Querido Ribera;

ya sabe V. que tengo mala la vista,  
y por eso escribo breve y en estilo  
telegráfico.

Tambien sabe V. que tengo grandísimo  
y constante interés en que entre V.  
en la Academia: en primer lugar por-  
que soy tu amigo y además porque es muy  
justo.

Dentro de las seguridades humanas es  
seguro que entrará usted.

Le abra el papel: ya hablaré con

Querido D. José Echeagaray

culparan de la catástrofe, y tengo la obligación cívica de defenderle."

Cumplió con creces su generosa oferta, con lo que nada iba a ganar, y podía perder mucho; y ante el Jurado, indeciso por la maraña de pruebas, testigos y peritos y ante un público excitado por los sollozos de las viudas e hijos de los obreros muertos, pronunció Echeagaray con acento vibrante un discurso razonado y científico, demostrando con incontrover-

tibles hechos, testimonios y argumentación técnica, que la catástrofe del Tercer Depósito fué producida por una ola inopinada de calor, parecida a las que determinan las súbitas torceduras de los carriles en algunas vías férreas.

Produjo tan profunda impresión este informe elocuente y sentido, que desde aquel momento se consideró la causa juzgada, por lo que las acusaciones del fiscal y las venenosas diatribas de los abogados de la acción popular y del Estado pudieron ser arrolladas por la arrebatadora palabra de Melquiades Alvarez, que consiguió arrancar del Jurado la declaración de mi inculpabilidad<sup>1</sup>.

Aquella viril ciudadanía de Echegaray salvó, pues, mi honra profesional; pero no se consideró satisfe-

<sup>1</sup> La REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS de 1907 (páginas 145 y 161) publicó, con bastante detalle, las acusaciones y defensas de este sensacional proceso.

cho aquel sabio con haber conseguido desagraviarme ante la opinión pública del calvario que me hizo sufrir, sino que también pretendió elevarme de categoría en la Academia de Ciencias, de que era presidente y yo miembro corresponsal, ofreciéndome, por impulso propio, apadrinar mi nombramiento de académico de número.

No lo consiguió, porque sobrevino entonces su inesperada muerte y no me consideré después con méritos suficientes para postular tamaño encumbramiento. Sólo conservo, como el más hermoso galardón de mi accidentada vida, una larga carta suya, de la que, como prueba de su inmensa bondad, reproduzco las primeras y las últimas líneas.

No ha de extrañar, pues, que me sienta obligado a reverenciar, con motivo de su centenario, el corazón de mi egregio compañero y nunca bastante llorado amigo.

J. EUGENIO RIBERA

## Echegaray, político

De los variados aspectos que muestra la gigantesca figura de Echegaray, con ser todos ellos de tan singular y peregrino interés, acaso sea más curioso y más difícil de juzgar el que ofrece como hombre público. Para estudiarlo bien sería preciso escribir mucho. En el espacio limitado de unas cuartillas no es posible decir todo lo que inspira y sugiere una personalidad tan elevada y tan única, en la que corren parejas la originalidad y la grandeza.

Intentaré vencer la dificultad, aunque desconfío de lograrlo.

La revolución de 1854, que derribó del Poder al conde de San Luis, fué cuna de aquella brillantísima juventud que, dirigida por caudillos valientes y prestigiosos, preparó, con los pronunciamientos de Villarejo de Salvanés y del cuartel de San Gil, el triunfo definitivo de la libertad en el glorioso combate de Alcolea.

Entre los jóvenes que habían de ser protagonistas de tantos acontecimientos memorables ocupaba Echegaray lugar preferente y destacado.

Vamos cómo hace sus primeras armas.

Don Luis María Pastor, notable economista, de filiación moderada, pero librecambista convencido, fundó, en el año de 1856, una colectividad, que bautizó con el nombre de "Sociedad Libre de Economía política", que traía como misión exclusiva defender y propagar las teorías del librecambio. Bajo aquella bandera, novísima en España, se agruparon Bona, Figuerola, Colmeiro, Sanromá y otros ya conocidos como tratadistas de asuntos económicos.

En calidad de novicios ingresaron Echegaray, Moret y Gabriel Rodríguez, que rápidamente adquirieron, por su talento, elocuencia y cultura, enorme popularidad y merecido prestigio. Activos, emprendedores y entusiastas, fueron el nervio de aquel grupo que tanto había de influir en la vida política de España. Merced a sus trabajos incansables, el año de 1859 quedó constituida la "Asociación para la Reforma de los Aranceles", que fué la piedra angular que había de sostener el futuro movimiento econó-

mico. Además, fundaron el periódico *La Revista*, que en la Prensa fué firme mantenedor de los ideales propugnados por ellos.

Para llevar a cabo la propaganda organizaron una serie de conferencias, cuya fama será perdurable, y que por celebrarse en el edificio donde tenía su domicilio la Bolsa de Comercio se apellidaron entonces, y se les conocerá siempre, con el nombre de "mitines de la Bolsa". En ellos esparció sus últimos resplandores la maravillosa palabra de Alcalá Galiano.

Y allí comienza la carrera triunfal de Echegaray. Habitado al estudio de las ciencias físicas y exactas, nadie podía suponer que tan pronto se adaptara al cultivo de disciplinas tan diversas. Pero él demostró que su vocación no era limitada ni su aptitud susceptible de localización, sino que las amplitudes de su intelecto abarcaban todos los horizontes y dominaban todos los problemas. La Ciencia, con sus profundas verdades y sus cálculos asombrosos; la Literatura, con sus amenidades y bellezas; el Arte, con sus atracciones seductoras, y la Política, con sus contiendas apasionadas y violentas, eran domeñadas por la sabiduría de su genio poderoso.

El Ateneo fué también escenario de sus continuados triunfos. Alternaba con extraordinaria competencia en todo linaje de discusiones, ya versaran sobre temas científicos, literarios o artísticos, sin dejar de intervenir en los debates de carácter político.

En lo que jamás tomó parte, a pesar de ser entonces cosa corriente y muy de moda, fué en conspiraciones y conjuras.

Su modo de ser no se compadecía con ese género de aventuras y, además, no era posible que un hombre tan constantemente absorbido por la investigación científica y por el estudio de materias tan heterogéneas dispusiese de tiempo para colaborar en empresas tan activas y complicadas.

Venció, por fin, la revolución en Alcolea, y, constituido el Gobierno provisional, Ruiz Zorrilla, que se encargó de la cartera de Fomento, confió a Echegaray la Dirección general de Obras públicas, seguro